

¿CUALES SON LOS COSTOS DE ABANDONAR UNA POLÍTICA DE IDENTIDADES PARA EL MOVIMIENTO LGBT?

Federico Abal¹

revistadestudiosdelamujer@gmail.com

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Fecha de recepción: 31 de agosto de 2017

Fecha de aceptación: 28 de octubre de 2017

Resumen

En el presente trabajo me propongo abordar los rasgos característicos de los procesos de construcción de identidades políticas colectivas y evaluo el alcance de dos críticas a las políticas de identidad: la crítica asimilacionista de izquierda y la crítica queer. Señalo que las propuestas detrás de tales críticas conducen a un potencial silenciamiento de la voz del colectivo LGBT.

Palabras claves: LGBT, política de identidades, identidad, teoría queer, Hobsbawm.

Abstract

I propose to address the characteristic features of the processes of political identities construction. I also evaluate the scope of two criticisms to identity politics: the assimilationist criticism of the left and the queer theory criticism. I point out that the proposals behind such criticism lead to a potential silencing of the voice of the LGBT movement.

Keywords: LGBT, political identities, identity, queer theory, Hobsbawm.

I LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD
El interés teórico por los procesos de construcción de identidades colectivas dentro de los movimientos sociales es relativamente reciente y puede establecer sus orígenes hacia finales del siglo pasado (Gamson, 2002: 144-145).

¹ Adscripto a la materia Ética en la FFyL de la Universidad de Buenos Aires. Integra el Grupo de Filosofía Política y el grupo de Ética a cargo de la Dra. Graciela Vidiella en la UNLP. Su área de interés principal es el utilitarismo.

El movimiento LGBT presenta, en su constitución histórica como sujeto político, rasgos similares a otros movimientos ampliamente analizados (por ejemplo, raciales, nacionalistas, de mujeres) y particularidades que, de ser consideradas, podrían explicar la hiperfragmentación de los espacios de representación dentro de dicho colectivo y la posibilidad de alianzas que tales espacios pueden establecer entre sí con miras a objetivos específicos (por ejemplo, leyes antidiscriminación, ley de identidad de género, ley de matrimonio igualitario).

Eric Hobsbawm, citando al sociólogo Daniel Bell, sostiene que la irrupción de la política de la identidad es una respuesta a la desintegración de las estructuras tradicionales de autoridad y de las unidades sociales afectivas (fundamentalmente, las unidades de estado nación y clase) que tiene lugar en el tercer cuarto del siglo XX (1996: 116)². Una lectura caritativa de esta afirmación no debería llevarnos a negar la existencia de grupos de identidad anteriores a este periodo de desintegración sino a destacar la creciente centralidad en la escena política de espacios que definen su articulación en términos de identidad.

Hobsbawm señala cuatro rasgos sobre el uso de la “identidad” como eje para la construcción política (117-119).

En primer lugar, la política identitaria se funda sobre una definición negativa que distingue un “nosotros” de un “ellos”. Esta distinción podría ser considerada, en sintonía con las formulaciones de Laclau y Mouffe (1987), la clave de cualquier intervención propiamente política. Sin embargo, en el caso de los grupos de identidad, la pertenencia a un “nosotros” no se define por la adhesión a un programa o conjunto de ideas sino por determinados rasgos personales compartidos.

Tal como menciona Hobsbawm apelando al ejemplo de la población palestina, la construcción de un espacio de pertenencia identitario puede surgir erráticamente por el solo hecho de distinguirse

2 En clave bermaniana, Hobsbawm sostiene: “Los hombres y las mujeres buscan grupos a los que poder pertenecer, con seguridad y para siempre, en un mundo en el que todo lo demás resulta movedizo y cambiante, en el que ya nada es seguro. Y encuentran lo que buscan en los grupos de identidad” (1996: 116).

de una alteridad e incluir en su seno individuos que, en principio, no comparten más que su exclusión de otro espacio³.

En segundo lugar, las políticas de la identidad asumen que solo una de nuestras identidades es la que debe dominar la acción política y, según la descripción crítica de Hobsbawm, que dicha dimensión expresaría nuestra “verdadera esencia”.

Esta atribución de esencialismo a las políticas identitarias, aunque cuestionable, no es antojadiza y puede rastrearse dentro del propio movimiento gay y lesbiano. En un interesante análisis de 75 cartas publicadas en la sección de opinión del semanario *San Francisco Bay Times* durante los años 1991-1993, Joshua Gamson señala el modo en que desde algunos sectores del colectivo homosexual norteamericano fue objetada la incorporación de activistas trans y bisexuales por distorsionar la “esencia” de dicho espacio. Dicha esencia expresaba la reificación de un tipo de vivencia específica como la “verdaderamente” homosexual, a saber la de varones y mujeres que solo sentían deseo por personas de su mismo sexo y que no se consideraban “una mujer atrapada en el cuerpo de un hombre, ni un hombre atrapado en el cuerpo de una mujer” (Gamson, 2002: 155). En esta misma dirección, Carlos Figari señala la transfobia hacia dentro de la militancia homosexual latinoamericana y su connotación eminentemente elitista (2014: 69).

La construcción de una identidad colectiva está sujeta a disputas y exclusiones constantes que son redefinidas al calor de las necesidades contextuales de los identificados y las hegemonías circunstanciales que se erigen hacia dentro de tales espacios. En términos de Hobsbawm, las identidades colectivas se parecen más a una camisa que a la piel, son optativas no ineludibles (:117).

En este punto pueden mencionarse distintas reacciones contra la normalización excluyente de los movimientos sociales: el feminismo

3 “A la inversa, ¿qué es lo que une como palestinos a una población abigarrada de varios tipos de musulmanes, católico-romanos y griegos, griegos ortodoxos y otros grupos que, en otras circunstancias, bien podrían estar luchando unos contra otros, como hacen sus vecinos en el Líbano? Simplemente, el hecho de que no son israelíes, tal y como la política israelí se encarga de recordarles en todo momento” (Hobsbawm, 1996: 117).

negro, el feminismo chicano, el activismo queer, entre otros⁴.

Estas expresiones, y especialmente la del activismo queer, evidencian lo que Hall define como una concepción posmoderna de la identidad (1992: 365). Esta concepción asume la existencia de múltiples identidades que conviven en cada individuo, impidiendo la constitución de un sujeto plenamente coherente y estable. Los modos en que me defino mutan en virtud del tipo de enfrentamiento cultural, social y político al que debo responder en cada caso. El género, tal como indica Figari, es una de las coordenadas a considerar dentro de un entramado más general que me define circunstancialmente (2014: 68 y nota 31).

En esta dirección, el tercer y cuarto rasgo señalados por Hobsbawm en su análisis sobre la política de identidad describen la potencial modificación de la centralidad de una determinada dimensión del yo (ser trans, ser comunista, ser vegano/a, ser mujer, ser gay, ser lesbiana, ser vecino/a, ser hispano/a, etc.) y el carácter contextual de dicha variación (en un encuentro nacional de mujeres, en una asamblea vecinal, en Estados Unidos, en Chechenia, etc.). Lohana Berkins (2003), activista travesti argentina, sintetizó este abigarramiento existencial de identidades del siguiente modo: “Dentro de todas estas cuestiones, también podemos ser socialistas, y puedo ser feminista. No es que lo único que yo soy es travesti.”

II – LA CRÍTICA ASIMILACIONISTA

En este punto quisiera introducir dos líneas críticas a la propuesta política identitaria: una crítica de izquierda y una crítica queer. Ambas críticas pueden ser interpretadas en términos de “asimilación” o “deconstrucción”, respectivamente. La crítica de izquierda, esbozada en el texto de Hobsbawm tratado anteriormente, describe la existencia de dos lógicas de construcción política diferentes. Por un lado, los partidos de izquierda tienen un programa con objetivos universales (igualdad, libertad y fraternidad para todos) y pretenden construir mayorías en torno a dichos objetivos y, por otro lado, los grupos de identidad tienen

⁴ Contra la normalización excluyente dentro de los movimientos sociales, ver Maffia (2016)

objetivos estrictamente sectoriales y establecen alianzas con las fuerzas políticas que le permitan concretar sus aspiraciones independientemente de otras consideraciones.

Aunque considero que la posición de Hobsbawm presenta una atendible advertencia para los partidos de izquierda, los cuales parecen constituirse paulatinamente en meros canales de expresión de reclamos sectoriales justos, no reconoce suficientemente el valor que los grupos identitarios pueden tener como contrapeso de los sesgos discriminatorios de dichos partidos. Su solapada apuesta por la asimilación de dichos espacios hacia un partido o frente, que de triunfar y obtener las conquistas proletarias pretendidas garantizaría, a fortiori, los objetivos sectoriales de los primeros parece olvidar que, al menos históricamente, la concreción de los programas políticos del “mundo nuevo” no siempre conllevó una mayor recepción a los reclamos identitarios, sino todo lo contrario. Basta mencionar, como ejemplos, la represión de la URSS contra las expresiones nacionalistas-autonomistas internas, la persecución a homosexuales en Cuba y la presencia casi absoluta de hombres en los cargos dirigentes de los procesos revolucionarios marxistas-leninistas. La presencia de grupos identitarios externos, específicamente del movimiento LGBT, puede ser útil a los fines de lograr partidos menos discriminatorios.

Asimismo, Hobsbawm construye una caricatura de la política de identidad que lo acerca peligrosamente a las tendencias conservadoras que suelen denunciar la presencia fantasmagórica de lobbies homosexuales y raciales. La experiencia argentina muestra la potencial articulación del movimiento LGBT con otros colectivos en la lucha por demandas que no corresponden necesariamente a sus intereses sectoriales (por ejemplo, en el reclamo por el derecho al aborto legal, seguro y gratuito). La figura de Lohana Berkins, como ya he mencionado, expresa la articulación de diversas identidades (por ejemplo, la de comunista y la de travesti), desarmando el supuesto de Hobsbawm del solipsismo identitario.

A su vez, considero que la posibilidad de articular políticas de reconocimiento y de ampliación de ciudadanía, con espacios conservadores o de centro-derecha, no debería ponderarse negativamente sino, por el contrario, ser valorizada como un canal para el mejoramiento de los

regímenes democráticos.

III - LA CRÍTICA DESDE LA TEORÍA QUEER

Una crítica particularmente desafiante a las políticas de la identidad proviene del activismo queer. Si bien, como afirma Figari, la teoría queer no es homogénea y su introducción en Latinoamérica es errática, puede decirse esquemáticamente, y a los fines del presente texto, que irrumpe en el debate como una objeción a las categorías identitarias, considerándolas una tecnología al servicio del control social. En palabras de Gamson:

*“No obstante, el reto por excelencia que plantean las prácticas queer no es solo el cuestionamiento del contenido de las identidades colectivas (**quién puede decirse propiamente gay, propiamente travesti, propiamente mujer, etc.**⁵), sino el cuestionamiento de la unidad, la estabilidad, la viabilidad y la utilidad política de las identidades sexuales – aun cuando estas sean utilizadas y asumidas”* (2002: 154)

La construcción de una identidad política conlleva el establecimiento de límites de pertenencia a dicha identidad, más o menos permeables. La teoría queer pone de manifiesto la arbitrariedad del establecimiento de dichas normas y exige un corrimiento crítico y contestatario de su implementación.

Esto plantea una crítica a la militancia que reclama frente a la comunidad política un reconocimiento como usuarios de una identidad, ya sea heteronormativa (varón/mujer) o travesti. Lohana Berkins supo conceptualizar este debate en una tónica marxista, dividiendo el problema entre un programa maximalista, que podemos denominar “programa queer” y un programa de transición, que podemos denominar “programa travesti”. Probablemente, la terminología trotskista hubiera desencantado a Berkins, de reconocida militancia en el Partido Comunista Argentino, pero creo que permite visualizar adecuadamente su acercamiento al debate: “...tenemos antes que visibilizarnos y luchar por nuestro reconocimiento. No es adhiriendo a una teoría como vamos a deshacernos de las identidades.” (Berkins, 2013: 94).

5 La aclaración entre paréntesis y en negrita, es mía.

Visibilizar, reconocer, reparar y garantizar las condiciones para el ejercicio de la ciudadanía de un grupo humano condenado a la prostitución como único medio de vida, a la discriminación y a la muerte temprana, exige la construcción de una identidad que se presente ante la mirada pública exponiendo su problemática vivencial específica.

Esto no implica, según creo, desconocer la compleja y fluida construcción de una identidad. Tan solo involucra la asunción de una “ficción útil”, de un “esencialismo operativo”, a fines de presentar una empresa política conducente, con reclamos concretos.

IV – CONCLUSIÓN

Creo que el abandono de una política identitaria por parte del movimiento LGBT, ya sea producto de una asimilación en partidos o producto de una deconstrucción, atenta contra la viabilidad de los reclamos de tales espacios y contribuye a su aislamiento. Por un lado, el asimilacionismo de izquierda no garantiza un mejoramiento de las perspectivas de consideración de la voz LGBT en esas agrupaciones, tal como demuestra la historia reciente y, por otro lado, el deconstruccionismo no parece poder articular una propuesta política eficaz para luchar contra problemas urgentes.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berkins, L. (2003) “Intervencion” en *Generos, Sexualidades y Subjetividades. Taller de Pañuelos en Rebeldía*. Link: <http://www.panuelosenrebeldia.com.ar/content/view/121/61/>
- Berkins, L. (2013) “Los existenciaros trans”. En Fernandez, A. M. y Siqueria Perez, W. (eds.), *La Diferencia Desquiciada*. Buenos Aires: Biblos
- Figari, C. (2014) “Fagocitando lo queer en el Cono Sur”. En Falconi Trávez D., Santiago Castellanos, and María A. Viteri. *Resentir lo “queer” en América Latina: Diálogos desde/con El Sur*, Madrid: Egales.
- Gamson, J. (2002) “¿Deben autodestruirse los movimientos identitarios? Un extraño dilema” en Merida Giménez, Rafael (ed) *Sexualidades transgresoras. Una antología de estudios queer*. Barcelona: Ed. Icaria
- Hal, I S. (1992) “The Question of Cultural Identity” en Stuart Hall, David Held y Tony McGrew (eds.), *Modernity and Its Futures*. pp. 273-316. Cambridge: Polity Press

- Hobsbawm, E. (1996) “La izquierda y la política de la identidad” conferencia pronunciada en el Instituto of Education de Londres, 2 de mayo 1996. Link: <http://www.nexos.com.mx/?p=7931>
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1987) “Hegemonía y estrategia socialista”. Madrid: Siglo XXI
- Maffía, D. (2016) “Toda taxonomía es política: LGBTTTTQ... Etc” en I Coloquio Internacional sobre Estudios y Políticas de Género “Los mil pequeños sexos” 14 y 15 de julio de 2016 (texto no publicado).